



25 de diciembre, 2025

12/001

Al Clero, Monásticos, y Fieles de la Iglesia Ortodoxa en América,
Mis amados Hijos en el Señor,

Cuando llegó el tiempo de Tu venida a la tierra, el primer censo de todo el mundo tuvo lugar, entonces te dispusiste a inscribir los nombres de aquellos que han creído en tu natividad. Por esta causa, César proclamó tal decreto; porque por ti el reino intemporal y eterno fue restaurado por Tu nacimiento.

– San Germano, Doxástijon de las Alabanzas, Tono 6

¡Cristo ha nacido! ¡Glorifiquémosle!

En uno de sus himnos más conocidos, la venerable Cassia hace paralelismos entre el reino de César y el reino de Cristo – «Cuando Augusto reinó solo sobre la tierra, el gobierno de muchos llegó a su fin» – y cuando Cristo nació bajo ese gobierno, los múltiples dioses de las naciones se derrumbaron. Mientras las varias ciudades del mundo «quedaron bajo un solo imperio universal, las naciones se unieron creer en un solo dominio de la Deidad.»

La relación entre esos dos reinados, dos gobiernos – el de Roma y el de Cristo – sigue más allá que los paralelos poéticos, sin embargo. La Providencia Divina fijó la fecha para el nacimiento del Señor en el momento precisamente perfecto, cuando la *Pax Romana*, la paz que fue asegurada por la ascendencia del Imperio Romano, aseguró que las Buenas Nuevas de Jesucristo podrían correr libremente por todo el mundo mediterráneo, desde Jerusalén hasta Italia, Galia, y África del Norte, y aún más allá a las tierras bárbaras y al Imperio Persa.

Sin embargo, no debemos olvidar el papel adicional hecho por ese gobierno romano al fin de la vida terrenal del Salvador, cuando el Señor se entregó por la vida del mundo—fue azotado por soldados romanos, condenado por un gobernador romano, traspasado por una lanza romana. Al fin y al cabo, fue un oficial romano quien reconoció lo que había pasado—«Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios.»

La autoridad del imperio romano abrió el camino a la venida de Cristo en la carne e hizo posible la predica apostólica del evangelio—esta misma autoridad sentenció a Dios mismo a la muerte. Por eso, Roma ocupa un lugar ambivalente en la tradición de la Iglesia—como símbolo, es bivalente. Por un lado, se conocen los términos «la Nueva Roma» y «la Tercera Roma»—el reino de Cristo establecido en la Tierra en vestimenta romana. Nuestros obispos, con sus alfombras redondas con águilas y sus *riassas*, aún llevan los adornos de los emperadores de Roma Oriental.

Por el otro lado, en el Nuevo Testamento—en la primera epístola de San Pedro y el Apocalipsis de San Juan (1 Pedro 5:13; Apoc. 17-18 *et pássim*)—se ve que Roma es igualado con la vieja Jerusalén que mata a los profetas y rechaza a los que le fueron enviados. Roma aparece tanto como la ciudad de Dios en esta Tierra como la ciudad suprema de todo el mundo, el dominio de la carne y del diablo.

Sin embargo, San Germano de Constantinopla, en el doxástijon que yo cité arriba, ofrece una perspectiva nueva y más alta. Él no simplemente hace paralelismos, como hace Santa Cassia. Tampoco simplemente asigna al reinado romano un papel incidental, aunque providencial. En vez de esas opciones, él ve a Roma como el instrumento directo de Dios—«Por esta causa, César proclamó tal decreto,» para que el reino de Dios pueda aparecer y Cristo pueda inscribirles a todos Sus fieles en el Libro de la Vida. Fuera lo que fuese el efecto del decreto de Cesár, fuera lo que fuese el intento de César, la causa de ese decreto fue determinada por Dios, y fue parte de su plan—la providencia de Dios fue el agente, el factor decisivo.

Cuando Dios hizo el mundo de la nada, lo hizo para que el mundo llegue a conocerlo y amarlo, y para que Él pudiera enseñar Su amor al mundo—para que Él pudiera amar al mundo. Esto no solo se aplica abstractamente al mundo en conjunto. Se aplica a cada uno de nosotros como microcosmos, mundos pequeños para nosotros mismos. Dios nos ama a cada uno de nosotros con Su amor entero—en amor, Él nos lo hizo todo, para cada uno de nosotros—para mí y para ti. Como dice San Pablo, «todo es vuestro: sea Pablo, sea Apolos, sea Cefas, sea el mundo, sea la vida, sea la muerte, sea lo presente, sea lo por venir, todo es vuestro, y vosotros de Cristo, y Cristo de Dios» (1 Cor. 3:21-23).

Toda la historia señala a la venida de Cristo—todos los actores en la escena del mundo, todos los imperios de la humanidad, todas las civilizaciones de la antigüedad más remota hasta el fin del mundo—todo esto ha existido, ya existe, y existirá por el amor de Su Primera y Segunda Venida. Además, ya que Su venida fue por nuestro bien—y no por Su propio bien, ya que, en su aseidad divina no tiene necesidad de nada—esto significa que todo el mundo existe para nosotros, para cada uno de nosotros—para mí y para ti. Toda la historia tomó lugar, está tomando lugar, y seguirá tomando lugar, por tu bien.

Roma simboliza toda esa historia fuertemente, la historia del mundo entero y de todos los eventos humanos. Entonces, es inevitable que Roma sirva tanto como vehículo del Evangelio como instrumento de la Pasión, tanto como aliado como enemigo de Cristo. La Iglesia, en su visita como forastero en esta Tierra, ha experimentado esos dos aspectos de Roma, también—la Roma de Diocleciano, y la Roma de Constantino—la Roma de las catacumbas, y la Roma de la catedral Santa Sofía.

Así es en nuestras propias vidas. A veces las circunstancias de la vida nos traen alegría, y a veces nos traen el dolor. Pero, sin embargo, pase lo que pase en nuestras vidas, debemos saber, como dice el gran testamento espiritual atribuido a San Serafín de Vyritsa, que todo esto se originó de la mano del Dios amoroso. Cada herida, cada lástima, cada comodidad, cada dificultad—todo esto viene de Él. Sin todos estos eventos, conocidos y desconocidos, pasados, presentes, y futuros, no serás quien eres. Todo esto es un regalo de Dios a ti, para que pudieras recibir otro regalo aún más grandísimo—Dios mismo.

Hoy Él aparece como un Niño recién nacido en los brazos de su Madre purísima—pronto ella Lo llevará hacia el templo de sacrificio, y de allí al exilio en Egipto. Así que, tanto como en la felicidad como en las pruebas, imitemosle siempre por ofrecerle a Él el abrazo de nuestros corazones. Abrazándolo fuertemente, llegaremos a entender, juntos con los santos Germano y Serafín, que todo lo que ha tomado lugar, desde el principio del tiempo, ha pasado para que pudiéramos llegar a este momento, a esta cueva, a este pesebre, y experimentar el Advenimiento de Dios hecho carne. Todo ha pasado para que Él pudiera ser nuestro, y nosotros el suyo.

A nuestro Salvador infante, el Creador y Sustentador de todo, el Amor verdadero de nuestros corazones, nuestro Deseo más profundo, el Cumplimiento de nuestro ser—a Él sea todo amor y adoración, junto con Su Padre y Su Santísimo Espíritu, por todas las edades de este mundo y hasta la eternidad sin fin.

Saludándoles con el gozo de la Navidad de Cristo,

Con mis oraciones y bendición primada,

+Tikhon
Arzobispo de Washington
Metropolitano de Toda América and Canadá